

843
F2
J48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad con todos los
requisitos de la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1877.

IMP. DE F. MAROTO É HIJOS, PELAYO, 34.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA

JESUITAS!

NOTICIAS PRELIMINARES.

...Pusiéronse de rodillas é Ignacio dirigió á Dios esta oracion: «Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no solo para nuestro propio bien; á fin de que dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, *no cesen nunca de ser perseguidos para vuestra mayor gloria, vos que vivis y reinais por los siglos de los siglos.*» Así sea.

Y habiéndose santiguado, se levantaron.

Este siglo ha sido un siglo de mucho ingenio. Cuando llegué de mi provincia, entré en una atmósfera saturada de escepticismo, en la cual los rasgos de ingenio abundaban hasta el punto de causar fastidio. Mis graciosos camaradas escribían periódicos, ó eran directores de teatros. Uno de ellos, el gran Bonifacio de *El Constitucional*, habia inventado la serpiente de mar para ser útil á su país. Recuerdo

que Gavarni dijo en cierta ocasion á un amigo de este inolvidable Bonifacio y de M. Thiers: «Acaso algun dia tengamos que pensar en Dios.»

Esta ocurrencia excitó grandemente la risa. Era en tiempo de Luis Felipe: la sola idea de hablar de Dios sin reirse pareció cosa de un atrevimiento hasta heróico. ¡Oh, Dios mio! La lira de Beranger habia acabado entre aquellas gentes con el recuerdo de tu bondad.

Cuando murió de puro vieja la serpiente de mar, Roqueplan se atrevió á indicar que este animal ilustre podria muy bien ser reemplazado por los Jesuitas.

Sí, por esos ropas-negras y apollilladas, contestó el coloso de Bonifacio, á quien la historia no dedicará tal vez muchas páginas.

Por entonces nadie leia á *Jerónimo Paturot* y se ponía de moda la novela en forma de folletín. El bueno del doctor Veron necesitaba una mina que explotar, y sin decírselo á Bonifacio permitióse pensar á solas acerca de ella. Habia inventado la pasta Regnault, era el fundador de la *Revista* y habia dirigido la Opera: no era, pues, un doctor cualquiera. Era hombre que sabia gastar su dinero en

comprar ideas para engordarlas y venderlas despues al público.

Pero volviendo á los Jesuitas; este nombre, hoy tan famoso, se halla ligado á mis antiguas esperanzas terrenas de fortuna, y á los antiguos recuerdos de mi vida literaria. Me creo predestinado para escribir sobre este asunto, cuya juventud resiste á la accion del tiempo; y en realidad ya hace años que empecé á dedicarle un libro. Hé aquí que ahora no me contento con ménos de dos. Si todos los libros tienen su historia, *habent sua fata libelli*, la del mio no deja de ser curiosa.

I.

Jóven todavía y novicio en las letras, ya corria yo como un loco en busca del favor popular, que no dejé por cierto de alcanzar de algun modo: momentos hubo en que estuve de moda como uno de tantos entre mis cofrades y amigos Alejandro Dumas, Balzac, Federico Soulié y Eugenio Sue.

Este último acababa de publicar su célebre novela el *Judio Errante*, que era precisamente

la idea de Roqueplan engordada por el doctor Veron y metida en el horno. Ni el doctor Veron ni Eugenio Sue tenían motivo alguno de queja contra los Jesuitas. El doctor Veron era un ciudadano triplemente barbudo, con tres vientres y otros tantos estómagos; tenía miedo horrible á las revoluciones, pero las hacia sin empacho alguno *pro domo sua*: aunque conservador de pura raza vendia á buen precio pólvora para las barricadas; pertenecía, en una palabra, á esa categoría de industriales implacables que por un ochavo arruinan las ciudades, queman los palacios y profanan las iglesias: harto prudentes para hacer por sí mismos tales siniestros, limitanse á despachar diariamente para el intento el consabido petróleo.

Hombre ilustrado, por más que despreciaba la ortografía, no carecia de cierto ingenio, y sobre todo daba succulentos almuerzos, y hasta hubiera llegado á desaprobar como un esceso la idea de asesinar al Arzobispo.... Ha dejado discípulos.

No se parecia á él Eugenio Sue, el cual, aunque á cien codos por bajo de Balzac como pintor, y de Alejandro Dumas como narrador, poseia incontestablemente grandes cualidades

para director de escena. Tuvo á mucha honra ser admitido en el mundo aristocrático del barrio de San German; ignoro por qué huyó de él, aunque sus retratos de aquella clase social, están tan impregnados de odio, que parece dan á entender algun desaire sufrido por el autor: el príncipe Eugenio se pasó tambien al enemigo por una niñería.

Eugenio Sue era uno de los aristócratas más encopetados que he conocido en mi vida: un verdadero sibarita á quien molestaba hasta el contacto de una hoja de rosa. Cuando el éxito extraordinario de sus *Misterios de Paris* le hubo condenado á la democracia, el doctor Veron le salió al encuentro y le dijo: «Se puede hacer un negocio loco atacando á los Jesuitas.» Y puso sobre su mesa cien billetes de mil francos.

Tal es la historia del *Judio Errante* contada por el mismo doctor Veron en los anuncios de *El Constitucional*; y tal fué la elevada filosofía que presidió á la construccion de esta máquina de segar Jesuitas. El doctor Veron confesó más tarde de buen grado, que la hoz comprada á precio tan subido no habia segado otra cosa sino la mies de los suscritores.

Séame lícito referir aquí una anécdota relativa á mi persona. Quando San Ignacio era el blanco predilecto de los folletinistas, y los hijos de Loyola el *anima vilis* de los gacetilleros, recibí la visita del director de un gran periódico parisiense, el cual me dijo á mí lo que Veron á Eugenio Sue:

«Se puede hacer una gran fortuna con los Jesuitas.»

Y cuando le hice notar que *El Constitucional* nos habia tomado la delantera, me contestó encogiéndose de hombros:

«No importa: son unos necios que no saben disimular la idea ya vieja de comer carne de Cura. Se necesita más sal y pimienta, que yo he comprado sin tasa.»

Y añadió en tono confidencial: «Tengo una habitacion llena de DOCUMENTOS; cinco manuscritos sobre el Padre Guignard y Juan Chatel; un relato estupendo de la conspiracion de la Pólvora; los pormenores de las persecuciones contra el infortunado Abate de Saint-Cyran, emparedado en el castillo de Vincennes; dos tomos inéditos del primer Arnaut, contundentes y llenos de hiel; una proclama de Tito Oates; un despacho del duque de Clequi; una

carta de Fenelon, tres del regente, y estas de primer órden; dos del Cardenal de Noailles; tengo todo el asunto de Pombal, ¡magnífico! ¡Ah, tuno de Malagrida! ¡Pobre marquesa de Tavora! ó acaso seria otra dama.... Un gran cuaderno del duque de Choiseul, que contiene las consultas de los abogados jansenistas, y más de cien líneas de notas de su puño y letra de Mme. de Pompadour; sí, de su puño y letra, ¡auténticas! ¡adornadas con lindos dibujos! ¿Qué le parece á Vd.? Y un curiosísimo billete de Luis XV con sus ribetes de moral, y una página, una verdadera página arañada por el sacamuelas histórico de M. de la Chalotais, de quien decia Voltaire: «Este trasto puede más que la palanca de Arquímedes, pues, sin punto alguno de apoyo, ha revuelto el mundo.» Daremos un *fac-simile* de la página y un retrato de cuerpo entero del sacamuelas..... En fin, tengo tesoros, una mina, un filon. Y le ofrezco á Vd.....»

¡Pero chiton! Importa poco saber lo que me ofreció: yo no valia gran cosa. Tenia entonces veinticinco años y una vanidad de las más mimadas que pueden imaginarse. Estaba sediento de nombradía y hasta de escándalo, el cual yo

le confundía néciamente con la gloria. No conocía por otra parte á los Jesuitas, sino por las *Provinciales* y la Enciclopedia: acepté, pues, el negocio no sin un vivo deseo de segar más raso que Eugenio Sue, y echar por tierra cuando ménos todo lo que su *Judío* hubiera dejado en pié en el jardín de Loyola.

Puse, pues, manos á la obra, y ¡con cuánto afán! Aquel sujeto, que era, como he dicho, director de un gran periódico, no me habia engañado; poseia un tesoro de papelotes, cajones de libelos, trojes de lo que él llamaba *documentos*. Desde por la mañana hasta por la noche iban y venian sus escribientes de su casa á la mia con mamotretos anti-jesuiticos debajo del brazo, en cestas, en lios; mi director en persona traia los bolsillos llenos de papeles; no contento con esto me escribia cartas que pesaban cuatro veces más que las ordinarias; el correo no las admitia de más peso.

No era mi director ninguna eminencia literaria; ¡pero era tan bonachon! ¡sus convicciones eran tan arraigadas, y habia tomado tan á pechos nuestra tarea! Me acuerdo de una de sus frases escrita en una esquila de cierto borrador atribuido á Mme. de Pompa-

dour: «.... original de aquella mano de encajes que hacia señas á Latude acariciando á Voltaire.» ¿Qué quereis? Mi hombre tenia pujos de estilista, aunque escribia sin *s* final la palabra francesa que significa encajes.

Ambos trabajamos como negros por espacio de un mes; sobre todo él, que se dedicaba á esto con una pasion inaudita, si bien es verdad que más que contra los Jesuitas, la tenia contra Eugenio Sue y *El Constitucional*. Se figuraba que el doctor Veron le quitaba de la boca cada pedazo de Jesuita que se servia en forma de folletin al apetito de los suscritores de *El Constitucional*. «Empecemos á publicar nuestro libro, me decia con lágrimas en los ojos, empecemos pronto; pues si no no nos van á dejar nada.» ¡Qué errado iba! Todavía queda y siempre habrá por servir algun plato de este manjar; pues al cabo de treinta años, cuatrocientos ó quinientos mil franceses y francesas se desayunan todas las mañanas con las sobras de la cocina de Eugenio Sue, vueltas á echar en la cacerola por los desdichados marmitones que han reemplazado miserablemente á aquel gran guisadero de carne de cristianos.

Pasado un mes, en un hermoso día de primavera escribí á mi excelente director: «Salgo para Bretaña despues de haberme calentado las manos con las cuartillas de *nuestro* libro. Le devuelvo á Vd. sus *documentos* y su dinero; dispéñseme Vd. si le digo que solo por ligereza, y sobre todo por ignorancia, pude admitir una comision de mala ley, indigna de un escritor honrado, que si bien indiferente como yo lo soy, en materias religiosas, es tan amante de su probidad literaria como de las niñas de sus ojos. Advierta Vd. que con esto no ataco la honra de nadie; las opiniones son libres; hablo solamente de lo que á mí se refiere.

»He tardado quizá más de lo que debia en escribir á Vd. esto; desearia poder cumplir mi promesa; pero á fuerza de estudiar, me he convencido hasta por la lectura de sus *documentos* que iba á calumniar á tanto por línea, no solo á personas inocentes, sino á ciudadanos útiles, bienhechores de la humanidad, soldados de la ciencia, conquistadores pacíficos, apóstoles, héroes, santos, cuyo crimen es haber avergonzado á todas las demás sociedades de hombres, produciendo con la fuerza

de su brazo, con su sudor, con su sangre una obra civilizadora la más admirable acaso de nuestros tiempos. Esto lo leí en su casa de usted en una página bastante bella de D'Alembert. Es cosa resuelta: semejante tarea no puede convenirme.»

Estas líneas las escribí treinta años ántes de mi conversion.

Pero vais á ver que mi director contratista no era hombre inflexible. Cuando yo menos lo imaginaba, hé aquí que se me aparece en casa, mientras yo arreglaba la maleta, exclamando desde el dintel:

—¡Bravo! Tiene Vd. razon; su punto de vista de Vd. es mucho más original: cuando menos de esta suerte no iremos á la cola de *El Constitucional*. Por de pronto vamos á causar sensacion. ¿Sabe Vd. que no ha muerto la idea religiosa? ¡Ah! Ciertamente que no. Mi mujer toma agua bendita: creo en las mujeres. Media vuelta á la derecha en toda la línea, y manos á la obra..... Pero ha de ser un trabajo sério, sólido, de cal y canto, en que abunde lo cómico.

¡El reverso de las *Provinciales*! Nada de injurias, por supuesto; pasó esta moda: intrepí-

dez impávida y documentos. Hechos, hechos, ingenio, endemoniados, pólvora, espías, algunos mártires, personajes de linda figura, si se quiere, el diácono París; militares ligeros de cascos, pero honrados, y nervio y pasión y bombo y castañuelas. Diez volúmenes, ó quince, ó veinte. Pondremos la carta de Vd. como un cartel al frente del primer capítulo. Se la devolveré á Vd. para que le ponga sal y adobo y la adicione.....

Esta idea me encanta. Un jóven escritor que se embarca para rematar á esos vampiros del mundo moderno, los Jesuitas, estropeados por un periódico liberalesco á la antigua, que sirve á sus lectores su ración diaria de mentiras gastadas y de subterfugios manidos, y que se encuentra de repente—me refiero al jóven escritor—con que Rodin es la flor y nata de los principios del 89, y con que el Padre D'Aigrigny se ha burlado de Eugenio Sue haciéndose pasar á sus ojos por una rata muerta..... Todo es original, soberbio. Ciertamente que no guarda la mayor armonía con nuestras tendencias políticas, pero á bien que las hay para todos los gustos; y que á nadie se le lleva á la cárcel por usar paradojas ingeniosas.

El título será *El desquite de Rodin*. Haremos cien mil carteles: pondremos hombres anuncios que los llevarán junto con la muestra de mi periódico á lo largo de los boulevares. Se hará un desafío en regla á Voltaire: no nos olvidaremos de los globos-carteles con su correspondiente lluvia de estrellas-prospectos. Haremos coplas contra Beranger: organizaremos un regimiento de repartidores á caballo.

Hasta tendremos al Clero de nuestra parte. Se distribuirán pequeños anuncios con viñetas á todos los conserjes del décimo distrito. Creo que podremos interesar á los mismos Jesuitas en el negocio..... ¡Ellos que son tan listos! Nos darán uno de sus muchos galeones cargados hasta no poder más de pistolas de cuatro tiros, cada una de las cuales vale 87 francos y 38 céntimos, y un bono de 500,000 rupias sobre cualquiera de sus factorías de Cambage, de Bimilipatuam ó de Ellichipur. ¿No le parece á Vd. este plan magnífico?

Mi hombre decía todo esto en son de risa, para no comprometerse demasiado ni siquiera conmigo; pero ¿quién ignora lo que significa la risa de un director que explora el terreno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1930 1625 MONTERREY, MEXICO

no sabiendo á punto fijo cuando va á caza de un negocio si tropezará con un elefante ó con un gazapo? A través de su ironía se dejaba ver una emoción dispuesta á trocarse en entusiasmo. Su periódico era grande, pero nuevo; de suerte que podía orientar la vela á cualquier viento favorable, y nunca los principios del 89 han servido de obstáculo á ninguna especulación: muy al contrario.

Mientras así hablaba, veía yo desfilan ante mi vista todo lo que había encontrado en sus *documentos*; la humilde y magnífica procesion de hombres ilustres que, desde principios del siglo XVI, vencedores ó mártires, han opuesto su pecho descubierto á todas las mentiras, á todos los despotismos, á todas las revoluciones, á todas las ferocidades, á todas las bestialidades.

Yo me preguntaba á mí mismo cómo ha podido fabricarse á Rodin, polichinela siniestro, con los restos del caballeresco Loyola; de Francisco Javier, el milagroso apóstol de la ternura; de Canisio el oráculo; de Laynez, antorcha de la Cristiandad; de Toledo, que dió la absolucion y coronó al mejor de nuestros reyes; de Mateo Ricci, el vencedor de lo imposible; de

Claver, el esclavo de los esclavos; de Francisco de Regis, de Ravignan... y qué sé yo cuántos otros que no me es dado enumerar aquí; porque los nombres hérdicos entre los hijos de San Ignacio abundan tanto, que se necesitarian muchas páginas para citar una pequeña parte de ellos; nombres de estadistas como Belarmino; nombres de oradores como Bordaloue, que golpeaba como un sordo, al decir de Mme. de Savigné, sobre el terrible orgullo de Luis XIV; nombres de sábios, de doctores, de insignes maestros, verdaderos bienhechores de la humanidad, de la juventud, ante los cuales las tinieblas huyeron gritando: ¡al ladron! ¡al ladron!

Preguntábame yo qué rabia impulsa á los enemigos de la verdad á engañar á la multitud, y qué maldicion arrastra á esta para ver por los ojos de los ciegos en vez de volver su mirada hácia la gran claridad de la evidencia.

Yo me decía: «Seria útil y fácil quitar la venda á todos estos infelices á quienes han tapado los ojos con el desvergonzado harapo del sofisma, y que tambaleándose, titubeando y tropezando en el espeso lodo de su ignorancia, van á aumentar el auditorio de los predicado-

res de taberna. Esto sería útil: todas las mujeres de estos desgraciados que comen el pan seco con sus hijos, porque les han arrancado su corazón juntamente con su Dios, me lo agradecerían. Y sería fácil, porque los hechos indiscutibles abundan y hablan, gritan y estallan debajo del medio celemin con que se les cubre sistemáticamente.

Sería además oportuno, porque hace ya realmente mucho tiempo que Diógenes se pasea con su linterna en pleno medio día para negar la existencia de la luz. Sería también hermoso, porque correría uno riesgo de ser escarnecido al mismo tiempo por el cinismo, por la sátira, por la copla, por la gacetilla, por todos los comerciantes al pormenor que venden el vicio, el crimen, la disolución, los cuales echarían instantáneamente por debajo de la puerta la llave de sus tiendas si, por imposible, el pueblo se despertase una mañana contemplando la verdad y viendo claro.»

Me decía yo estas cosas confundiendo como se vé, acaso porque son inseparables, la causa de Dios y la de los Jesuitas, que fué, es y será siempre la causa del pueblo á despecho del mismo pueblo y de sus envenenadores.

Sin embargo, despedí á mi director imparcial, especie de negocio viviente, buscando su millon tan pronto á la derecha como á la izquierda, sin amor, sin ódio, sin convicción, pero siempre con entusiasmo; siempre dispuesto, así para lo blanco como para lo negro, según el viento, la marea y la *oportunidad*: imágen de la actividad enteramente vana que constituye la vida de nuestra época, tan inteligente y tan obtusa.

Me negué á todo: á lo malo por instinto de probidad, porque me disgustaba, por decencia; al bien por cobardía. Tuve miedo.

II.

Tuve miedo de echar sobre mí el peso de todas esas gentes que fabrican el éxito; porque yo adoraba el éxito, y no tenía otro Dios. Tuve miedo á mis enemigos; se lo tuve, sobre todo, á mis amigos. Decir todos los testimonios involuntariamente favorables á los Jesuitas, que yo habia encontrado buscando su condenación en el monton de papelotes en-